

Primera parte
Hélade y Roma

Venenos de estado

LA COPA DE CICUTA

Al llegar el carcelero con la copa de cicuta, Sócrates le preguntó: «Amigo, tú que tienes experiencia de estas cosas, me dirás lo que debo hacer». A lo que el hombre contestó: «No tienes que hacer más que pasearte, mover las piernas; entonces te tiendes en la cama y el veneno producirá su efecto». Así diciendo, entregó la copa a Sócrates, quien la tomó con gesto amable, y sin inmutarse miró al carcelero y le dijo: «¿Crees tú que puedo hacer una libación a algún dios con el veneno?». El hombre respondió: «Preparamos, Sócrates, solo la cantidad que juzgamos necesaria». «Comprendo —repuso Sócrates—; no obstante, antes de beberlo quiero y debo rogar a los dioses que me protejan en mi viaje al otro mundo.» Y tomando la copa, sin vacilar, bebió el veneno.

Hasta entonces, los discípulos que rodeaban a Sócrates habían podido contenerse sin manifestar su dolor, pero cuando el maestro hubo tragado el último sorbo de veneno, empezaron a llorar y gemir, y hasta uno de ellos, llamado Apolodoro, se deshizo en llanto, escapándosele un gran grito. Tan solo Sócrates se mantenía en calma. «¡Qué extraños ruidos hacéis! —les dijo—; he mandado que las mujeres se marcharan para que no nos molestaran con su llanto, porque yo creo que un hombre debe morir en paz. ¡Estad tranquilos y tened paciencia!»

Cuando los discípulos oyeron esto, se avergonzaron y reprimieron sus lágrimas. Sócrates continuó paseándose hasta que sus piernas no pudieron sostenerle; entonces se tendió sobre el lecho. El carcelero le tocó los pies, preguntándole si lo notaba, y él contestó que no. Después le palpó las piernas y más arriba, diciéndonos que ya todo él estaba frío y rígido. Sócrates se palpó también y dijo: «Cuando el veneno llegue al corazón será el fin». Pronto empezó a ponerse frío de las caderas, y descubriendo entonces la cabeza, que ya se había tapado, dijo: «Critón, ahora me acuerdo que debo un gallo a Esculapio». «Se pagará,

no lo dudes —díjole Critón—; ¿quieres algo más?...» Pero Sócrates ya no respondió a esa pregunta. Al cabo de uno o dos minutos pareció moverse y los que rodeaban el lecho lo destaparon. Tenía ya los ojos fijos, y Critón le cerró boca y párpados.

PLATÓN, *Fedón*

Corría el año 399 a. C. y Sócrates había tomado el «veneno de estado», la copa de cicuta, tras ser condenado a muerte por impiedad y por corromper a los jóvenes. En la Atenas posterior a Pericles, el empleo de veneno como modo de ejecución era algo habitual.

Sócrates había nacido en Atenas setenta años antes, hijo de un escultor y una partera. En su juventud frecuentó el círculo próximo a Pericles, siendo versado en geometría, astronomía y «filosofía natural», lo que hoy llamaríamos botánica y zoología. Participó activamente en la guerra del Peloponeso, pero su principal ocupación fue discutir en el ágora con los ciudadanos atenienses, porque estaba convencido de que su misión era enseñar a los atenienses a pensar. Sin embargo, no veía la utilidad de los hermosos discursos, por lo que despreciaba a los retóricos. Decía que su oficio era enseñar a parir ideas, la «mayéutica», como el de su madre había sido ayudar a las mujeres atenienses a parir hijos. No se sabe muy bien cómo se mantenía, pero alguno de sus conciudadanos decía que su vida era tan austera que si un esclavo hubiera sido obligado a vivir de esa forma, habría huido. Se casó a edad avanzada y tuvo tres hijos. Su mujer, Jantipa, era famosa por su mal carácter, aunque cabe preguntarse si no tendría motivos porque si su marido, que no procedía de una clase adinerada, pasaba el día enseñando a pensar a sus conciudadanos, no le debía de quedar mucho tiempo para ganar el sustento de su familia.

De Sócrates nos ha quedado la famosa frase «Solo sé que no sé nada», aunque, según explicaba él mismo, la gran diferencia respecto de sus conciudadanos estribaba en que él era consciente de su ignorancia. Por ello, su tarea fue luchar contra ese desconocimiento, siendo su principal objeto de estudio el hombre y su comportamiento.

Mucho menos conocidos que la frase reproducida en el párrafo anterior son algunos de sus actos, que ponen de manifiesto que,

además de pensador, era un hombre de acción. Así, por ejemplo, luchó como *hoplita*, o soldado de infantería, en la guerra del Peloponeso. Incluso salvó la vida a su discípulo predilecto, Alcibíades, un brillante general y estadista ateniense, en la batalla de Potidea. Este le devolvió el favor salvando la suya en la batalla de Delion, en la cual participaron ambos cuando Sócrates ya contaba cuarenta y seis años de edad. Como miembro de la caballería, Alcibíades protegió su retirada en esta batalla mientras observaba cómo Sócrates lo hacía a pie «rebosante de orgullo, dando la sensación de que si alguien le atacaba se defendería enérgicamente», según nos cuenta Platón en *El banquete*. También arriesgó su vida cuando se enfrentó él solo a una decisión unánime de la Asamblea de los Quinientos o Bulé, órgano de gobierno de Atenas, integrado por ciudadanos representantes de todos los estamentos sociales y tribus de la ciudad. Los ciudadanos atenienses de esa época dedicaban una gran parte de su tiempo y esfuerzo al gobierno de la ciudad, cosa que era posible porque los esclavos hacían el trabajo y los extranjeros se ocupaban del comercio.

Es imposible calcular con precisión la población de Atenas en el siglo V a. C., pero se sabe que había unos 40.000 ciudadanos y unos 20.000 extranjeros o metecos, que con las mujeres y niños debían de sumar unos 200.000. El número de esclavos debía de ser algo mayor, por lo que en conjunto podría haber alrededor de medio millón de personas en el Ática. De ellos eran libres menos de la mitad, mientras que ciudadanos, miembros de pleno derecho que podían participar en el gobierno de la ciudad, eran menos de un 10 por ciento del total de la población. Los extranjeros estaban excluidos del gobierno, a pesar de que entre ellos se encontraban muchos personajes ilustres que habían acudido a Atenas atraídos por el esplendor de la ciudad. Así, entre los metecos se encontraban Hipócrates de Cos, padre de la medicina, Herodoto de Halicarnaso, padre de la historia, y la gran oradora y estadista Aspasia de Mileto. Esta, a pesar de ser la compañera de Pericles, «arconte» o regidor de la ciudad, no pudo ser su esposa legítima por ser extranjera. La brillante y cruel Atenas de la época de Pericles tenía muchas cosas de las que avergonzarse según la perspectiva de un ciudadano de hoy. No solo basaba su riqueza en la esclavitud, justificada moralmente incluso por Aristóteles,

sino que en ella las mujeres de los ciudadanos tenían menos derechos que las del país musulmán más retrógrado de hoy día. Además, el infanticidio era una forma aceptada de control de la población.

Aunque Sócrates no tenía un gran patrimonio, como miembro del selecto grupo de ciudadanos fue miembro de la Bulé durante el periodo estipulado por la ley, un año. El día que casualmente él la presidía, la Bulé tomó la decisión unánime de condenar a muerte a los generales vencedores de la batalla naval de las islas Arginusas, quienes habían sido acusados de no haber recogido a los marineros que habían naufragado. A pesar de que estaba de acuerdo con sus conciudadanos en la gravedad del delito (eran unos tiempos en que los políticos y los militares debían dar cuenta de sus actos) se opuso a la sentencia por creer que no se podía condenar a un hombre sin haberle dado la ocasión de tener un juicio justo. También se enfrentó al gobierno de los Treinta Tiranos cuando quisieron detener a un ciudadano al que querían robar. Hay que señalar que el jefe de los Tiranos, Crisias, era su amigo y protector, y un pariente de Crisias, Platón, uno de sus más fervientes discípulos.

A pesar de no dejar nada escrito, las ideas de Sócrates han llegado hasta nosotros a través de los escritos de Jenofonte y, sobre todo, de Platón. No obstante, lo que hizo pasar a la posteridad a Sócrates fue su muerte, poéticamente descrita en uno de los *Diálogos* de Platón, *Fedón*, que abre este capítulo.

¿Por qué murió Sócrates? ¿Tan graves habían sido los crímenes que se le imputaban para que la ciudad que acababa de inventar la *democratia* ejecutara a uno de sus más insignes ciudadanos? Como puede comprobarse por los bustos y por las descripciones que de su apariencia nos han llegado, es evidente que Sócrates era extraordinariamente feo. Ser feo rayando en lo grotesco en una sociedad que idolatraba la belleza era peor que un crimen, un estigma con el que Sócrates tuvo que cargar toda su vida sin que al parecer le afectara de forma negativa. Pero eso no estaba tipificado como delito, aunque pudo ser un agravante serio en su proceso. Seguramente, su mayor crimen fue tener una soberbia y un orgullo desmedidos, así como una completa fidelidad a los principios que había defendido toda su vida. Sócrates siempre había sido crítico con el poder establecido, lo

cual lo hacía incómodo para muchos. Sin embargo, a diferencia de muchos honrados ciudadanos atenienses, no se exilió de la ciudad durante el periodo de gobierno despótico de los Treinta Tiranos, con lo que puso de manifiesto una relación ambivalente con el poder unos años antes de su muerte.

El proceso abierto contra él no pretendía más que acallararlo o, como mucho, mandarlo al exilio. Incluso la decisión de procesarlo no fue ni mucho menos unánime, porque contó con 280 votos a favor frente a 220 en contra. No obstante, su actitud altiva y desafiante durante el proceso le acarreó la condena casi unánime de la asamblea. Por ejemplo, durante su defensa, cuando su vida estaba en juego, llegó a decir que no solo no merecía castigo alguno, sino que, como benefactor de la ciudad, merecía ser mantenido por ella. Una vez condenado a muerte, podría haber escapado, pues su ejecución se demoró casi un mes, tiempo en el cual sus discípulos tramaron un plan de fuga. Pero él se opuso porque, aunque consideraba errónea su condena, reconocía que había tenido un juicio justo. Además, siendo consecuente consigo mismo, hizo honor a su máxima de que prefería sufrir la injusticia a cometerla. Y habría sido una injusticia no acatar el veredicto de sus conciudadanos representados legítimamente por el jurado que lo condenó. Así pues, lo acató, aun a costa de su propia vida.

Su ejecución fue uno de los envenenamientos más famosos de la historia. Si realmente transcurrió tal y como la describe Platón, lo primero que podemos plantearnos es que, si en estos dos mil quinientos años no hemos sido capaces de inventar una forma de gobierno que supere a la *democratía* griega (aunque hoy en día todos disfrutemos del derecho al voto y no solo lo haga el 10 por ciento de la población masculina, como ocurría en la Atenas de Sócrates), tampoco se ha avanzado mucho en cuanto a métodos de ajusticiamiento. Horcas, guillotinas, hogueras, sillas eléctricas e incluso inyecciones letales evocan un panorama mucho más siniestro que el de la casi idílica muerte de Sócrates. Lo curioso es que la plácida muerte que encontramos descrita en los *Diálogos* de Platón no encaja con los síntomas descritos por los toxicólogos para el envenenamiento por cicuta.

Esta planta contiene como principio activo un alcaloide que es

un veneno paralizante de los nervios periféricos y los músculos, empezando por los miembros inferiores. La muerte se produce en último extremo por un paro respiratorio, pero antes tienen lugar violentos episodios de vómitos y convulsiones. De hecho, los primeros síntomas del envenenamiento son un intenso dolor de cabeza, vértigos, náuseas y diarrea, acompañados de fuerte dolor abdominal. A continuación tienen lugar la dilatación de las pupilas, la pérdida de coordinación, los estertores y el enfriamiento de las extremidades. A estas alturas el intoxicado no puede hablar debido a una parálisis de la faringe y de la lengua, aunque sigue consciente. Se desencadena un violento cuadro convulsivo al que sigue la muerte por parálisis respiratoria entre tres y seis horas después de haber ingerido la dosis letal. A pesar de la terrible agonía que provoca, la muerte por envenenamiento con cicuta se consideraba en la época de los griegos «la muerte dulce», un privilegio caro al cual no todos los reos podían aspirar. Horroriza pensar cómo serían las otras.

Dado que este cuadro difiere considerablemente del dibujado por Platón en su *Fedón*, en la actualidad se supone que, aunque la cicuta fuera el principio activo del citado «veneno de estado», este debía de tener otros componentes, tales como narcóticos, posiblemente opio, e incluso una considerable cantidad de vino. Esta sería una combinación parecida a la empleada en las ejecuciones por inyección letal que siguen realizándose en varios países, tal como se describe más adelante.

Las propiedades tóxicas de la cicuta se conocen desde la Antigüedad. Las primeras referencias a su efecto mortal aparecen en la comedia de Aristófanes *Las ranas* (405 a. C.), cuando Dionisio pregunta cuáles son las vías para alcanzar el Hades y, entre otras, Heracles propone la cicuta. Se cree que se introdujo en el sistema penal ateniense bajo el gobierno de los Treinta Tiranos en el año 404 a. C. y no precisamente para evitar sufrimientos a los condenados, sino porque era silenciosa. Ahora bien, el brebaje era muy costoso de obtener, y no todos los condenados podían costeárselo. Por este motivo, a Sócrates, siempre escaso de recursos económicos, se lo pagaron sus discípulos.

Para la preparación del veneno de estado había que extraer el

principio activo de las semillas de la planta, cicuta mayor o *Conium maculata*, para lo cual había que machacar y molturar las semillas en un mortero, agregarles agua y dejarlas reposar. Luego se filtraba el preparado y ya estaba listo para administrarlo. Plinio, naturalista romano del siglo I a. C., y su coetáneo Dioscórides, médico y toxicólogo, hablan de la cicuta como *koneion*. Según este último: «La cicuta engendra vahídos de cabeza, y de tal suerte ofusca la vista que no ve nada el paciente. Le sobrevienen zollipos, se le turba el sentido, se le hielan las partes extremas y finalmente se le ataja el anhélito y así viene a ahogarse pasmado». «Zollipo» proviene de las palabras «sollozo» e «hipo», y «anhélito» alude a la respiración fatigosa.

La cicuta es una planta herbácea bianual de la familia de las umbelíferas, que puede llegar a alcanzar más de dos metros de altura. Crece en las zonas templadas de Europa, particularmente en las pedregosas sin cultivar. El tallo es pelado, algo estriado y con manchas de color púrpura, y las hojas son alternas, grandes y muy dentadas. Tiene flores pequeñas, blancas, en forma de sombrilla, que aparecen en junio y julio. La cicuta menor, *Aethusa cynapium*, es de la misma familia, alcanza hasta un metro y medio de altura, tiene raíces como las del rábano y hojas que recuerdan a las del perejil, por lo que se llama también «perejil de perro» o «perejil de tonto». Se han dado casos de envenenamiento de personas o ganado por ingestión accidental de esta planta al ser confundida con el perejil. La variedad que crece a orillas de los arroyos y estanques, la cicuta acuática o *Cicuta virosa*, es más venenosa que las variedades de secano y su porte es algo menor: mide entre sesenta centímetros y un metro de altura. Todas las variedades tienen un olor muy desagradable y contienen alcaloides tóxicos.

El responsable de la toxicidad de la cicuta mayor es el alcaloide «coniína», antes llamado «cicutina», cuya fórmula es $C_8H_{17}N$. La dosis letal de cicuta depende de la forma de preparación del brebaje y de la variedad de la planta. La dosis letal del alcaloide puro es de 0,2 gramos. Es poco soluble en agua y muy soluble en alcohol, de ahí que se suponga que a Sócrates se la dieron mezclada con vino.

PENA DE MUERTE EN EL SIGLO XXI

Dos mil cuatrocientos años después de la ejecución de Sócrates, en el año 2006 la pena de muerte seguía vigente en 67 países, mientras que 99 la habían abolido oficialmente, el último de ellos Filipinas ese mismo año. De todas formas, hay muchos más países en los que ya no se practica; por ejemplo, en 29 de los 67 países en los que la pena capital aún seguía en vigor no se había ejecutado a nadie en los diez años anteriores a 2006. Así pues, las condenas a muerte están cada vez más desacreditadas, porque incluso en 38 de los países que no la han abolido apenas se ajusticia a nadie. En cambio, en solo seis de ellos, China, Irán, Pakistán, Irak, Sudán y Estados Unidos, tuvieron lugar más del 90 por ciento de las ejecuciones en el año 2006. En España se abolió en 1978; ayer, como quien dice.

¿Cómo se ejecuta a los condenados a muerte en el siglo XXI? Se los ahorca en países como Irán, Irak o el civilizado Japón. Pero en los países más poderosos de la tierra, China y Estados Unidos, se emplea un método parecido al veneno de estado que tomó Sócrates. El cambio más significativo es que en ambos países la vía de administración, en lugar de ser oral, es intravenosa. Con ello se busca acortar la agonía final del condenado, magro consuelo para los condenados norteamericanos, tras los interminables años de espera en el corredor de la muerte. Respecto a los protocolos y plazos de ejecución en China sabemos poco. El 99 por ciento de las ejecuciones que tienen lugar en Estados Unidos se realizan con inyección letal, medio oficial de ajusticiamiento en todos los estados, excepto en Nebraska, donde solo ha habido tres ejecuciones desde 1976. Los ahorcamientos y las sillas eléctricas, que han proporcionado imágenes inolvidables de reos «fritos» y con la cabeza en llamas, como Pedro Medina, ejecutado en 1997 en Florida, son cosa del pasado en Estados Unidos. Las ejecuciones en sí mismas, no.

Estas tienen lugar siguiendo un macabro ritual milimétricamente diseñado, reproducido en las numerosas películas que han tratado el tema. Al reo se le sujeta con correas a una camilla, un funcionario de prisiones le pone dos agujas en los brazos, se abre la cortina que lo muestra al público asistente en la sala contigua y se ofrece al acusado

la oportunidad de decir una última frase. Una vez concluida esta, a una señal de la persona responsable del proceso, comienza la ejecución cuando otro funcionario en el cuarto contiguo activa el mecanismo que hará que las sustancias letales entren en el torrente sanguíneo.

Las sustancias empleadas en una ejecución por inyección letal son tres: tiopental de sodio, un barbitúrico con efectos sedantes; bromuro de *Pancuronium*, que paraliza todos los músculos excepto el corazón, y cloruro potásico, un compuesto muy parecido a la sal de cocina que produce una parada cardíaca. Estas sustancias se introducen en las venas una por una, para evitar que reaccionen entre sí. La muerte, detectada mediante un electrocardiograma, sobreviene en unos siete minutos.

El tiopental de sodio, más conocido como «pentotal», es un barbitúrico de acción ultrarrápida que hace las funciones que debía hacer el opio supuestamente añadido a la copa de cicuta: anestesiarse al reo. En medicina se usa como anestésico y para inducir el coma. Las dosis terapéuticas son de 0,03 a 0,5 gramos, dependiendo de los efectos deseados. Estas cantidades producen la inconsciencia en menos de un minuto. En la inyección letal, la dosis usada es mucho mayor (5 gramos), lo cual reduce considerablemente el tiempo requerido para inducir la inconsciencia, que suele ser de unos diez segundos.

El bromuro de *Pancuronium* es un agente paralizante de los músculos motores. La dosis empleada en la inyección letal (0,1 gramos) induce la parálisis muscular, empezando por las extremidades unos quince o veinte segundos después de haber entrado en el torrente sanguíneo. El principio activo es similar al del famoso curare o *woorali* que descubrieron los naturalistas europeos que viajaron a las selvas de Brasil, Perú, Ecuador y Colombia a principios del siglo xvi. Es también similar al de la cicuta. El curare es un extracto de la planta *Chondrodendron tomentosum*, que suele mezclarse con varias especies de *Strychnos*. Lo llamaban «muerte volante» porque, impregnando la punta de una flecha lanzada con una cerbatana o una caña hueca, era capaz de matar en menos de un minuto a cualquier animal en cuyo torrente sanguíneo entrara. Los indios de América del Sur continúan utilizándolo para cazar, porque además tiene la ventaja de que no es

asimilado por el aparato digestivo. Esto hace que pueda ingerirse en cantidades hasta ochenta veces superiores a la dosis mortal cuando entra en el sistema circulatorio por inyección o por una herida. Una de las primeras descripciones de sus efectos nos llegó a través de relatos del conquistador español Francisco de Orellana, compañero de Francisco Pizarro en sus expediciones a América Central a comienzos del siglo XVI: «Los indios mataron a otro de los nuestros; aunque la flecha no penetró ni medio dedo, como estaba impregnada de veneno, entregó su alma al Señor».

La popularidad de Francisco de Orellana creció al dar nombre a uno de los personajes de la cuarta entrega de la saga de Indiana Jones: *Indiana Jones y el Reino de la Calavera de Cristal*.

Se sabía que para preparar el curare los indios empleaban la capa más externa de ciertos tipos de lianas, de la familia *Strychnos*, que maceraban en agua y después prensaban, para, por último, filtrar el líquido pardo rojizo con filtros primitivos elaborados con hojas. Pero durante mucho tiempo los indios guardaron celosamente el secreto de la verdadera composición del curare, por lo que muchas de las muestras que los exploradores europeos y norteamericanos consiguieron tras numerosos esfuerzos y dádivas resultaron ser falsas. Hacia 1800, los exploradores Humboldt y Bonpland dieron las primeras descripciones de su preparación. El segundo incluye la que él presencié en el pueblo de Esmeralda, situado a orillas del alto Orinoco, en su libro *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*. Había varias formas de preparación que daban lugar a productos con propiedades singulares, cuya diferencia fundamental debía de ser la concentración de los principios activos. Así, había un «curare de un árbol» que, tras ser inoculado, no permitía a un mono herido más que un salto antes de morir. Como se deduce de los experimentos que se describen a continuación, es posible que el mono, al caer, estuviera vivo, con el corazón latiendo y las funciones cerebrales activas, pero con el resto de los músculos del cuerpo paralizados. La muerte sobrevenía, como en el caso de la cicuta, por parálisis del diafragma y asfixia, que causaba una parada cardiorrespiratoria. El «curare de tres árboles», supuestamente menos concentrado, se usaba para capturar animales vivos.